

Adultos que hagan de adultos.

Lic. Gustavo Fabián Iaies

El autor es Especialista en Educación. Asesor de la Secretaría de Educación Pública de México. Presidente del Centro de Estudios en Políticas Públicas (CEPP). Coordinador del Diálogo Regional de Políticas Educativas (BID). Consultor IIFE-UNESCO Buenos Aires. Coordinador del Programa de Evaluación de Sistemas Educativos Latinoamericanos.

Algunas de las últimas encuestas a docentes presentan un señalamiento claro: La familia ha pasado a ser un problema para las instituciones educativas.

Los maestros reclaman padres "más presentes" en las tareas que históricamente formaron parte del contrato articulador entre escuela y familia. "Los padres nos tienen que garantizar alumnos que lleguen bañados, prolijos, que hayan dormido las horas necesarias, que estén dispuestos a quedarse un tiempo sentados prestando atención a algo que no siempre les parecerá sumamente interesante" .

Es cierto que en muchas escuelas, se observan alumnos que han dormido poco, que no se acostumbran a estar demasiado tiempo sentados (ni siquiera aguantan permanecer una cena completa en la mesa con sus familias) y que tienen dificultades para soportar un cierto encuadre normativo.

El ministerio de educación de Francia lanzó en el año 2003, una consulta sobre la necesidad de cambios en la educación francesa. Los resultados arrojaron que los padres le pedían a la escuela que fuera más rígida y exigente con los alumnos, que les pusiera límites claros, y que los sancionara con dureza ante incumplimientos e indisciplinas.

Los maestros, por el contrario, le reclamaban a los padres que eran ellos los que debían asumir esa tarea: "Las familias son las encargadas de educar a los jóvenes, nuestra tarea es enseñarles. Pero si lo primero no está garantizado, resulta muy complejo hacer lo segundo", afirmaron maestros y profesores.

La ciudad de Buenos Aires vivió en el año 2004 un profundo debate acerca de la sanción de una ley de educación sexual. La iniciativa generó un importante apoyo entre las familias, que preferían que la introducción al mundo de la sexualidad fuera realizada por la escuela.

Sin duda, hemos ingresado en un tiempo en el que ser padre se ha convertido en una tarea compleja, no se trata de pelearnos con esa situación sino de abordarla.

Volvamos a la consulta francesa, los jóvenes pedían a los docentes que les enseñarán más, que fueran claros y que los contenidos fueran interesantes. La argentina María Antonia Gallart, encontró respuestas muy similares en alumnos del último año del Polimodal, del segundo y tercer cordón del conurbano bonaerense. Nuevamente, la demanda era que les enseñaran más, y cuestiones que les sirvieran para el mundo del trabajo.

En ambos casos, encontramos a los jóvenes planteando demandas de gran sensatez, ni más ni menos que, padres que hagan de padres y profesores que hagan de profesores. Esta afirmación puede ser leída como una obviedad, pero en los tiempos que corren ha dejado de serlo.

Los chicos demandan adultos claros, que no entren en "default" del rol que deben cumplir, que aparezcan como referencias, que aporten claridad y certidumbre. Y efectivamente es eso lo que nos está costando, brindar claridad y certidumbre, cosas que en el mundo en que vivimos son



difíciles de lograr. ¿Cómo damos certezas a los chicos si nosotros mismos estamos confundidos y escépticos?

Los chicos no nos están pidiendo certezas científicas (a las que hasta la propia ciencia ha renunciado), nos piden que les digamos "nuestras verdades", pero convencidos y asumiéndolas como tales.

Nuestros padres no nos adelantaron que este mundo sería así, pero nos aseguraron que era bueno estudiar, esforzarse, ser buenas personas, respetar a los mayores, entre otros valores. Y esas eran verdades... y siguen siéndolo.

A los adultos nos está costando ser claros, no porque los niños y jóvenes se resistan, sino porque hemos construido un clima cultural en el que el "no", el "límite" las "certezas" y el "orden", han quedado fuera del campo del pensamiento correcto. Está más legitimado socialmente el "prohibido prohibir" que el "no responsable".

Creo que ha llegado la hora de darnos cuenta del costo que ese "clima de época" está teniendo para nuestros chicos. Ellos construyen su identidad contrastando y peleándose con los adultos. ¿Cómo pueden hacerlo si nosotros hemos renunciado a serlo?

Estos cambios son difíciles de recorrer solos. En lo que respecta a la educación parece necesario un nuevo pacto entre padres y docentes. Cada uno deberá empezar por plantarse con firmeza en su rol, y el acuerdo deberá permitir que podamos presentarnos ante los chicos de un modo articulado.

Frases como "a los demás los dejan y vos a mí no me dejás nada", "la profesora me sanciona porque no me quiere", "En la casa de Lucas lo dejan tomar cerveza", son el reflejo de un mundo adulto fracturado. Los chicos han percibido la incomunicación entre padres, entre docentes y padres y entre los docentes entre sí.

Necesitamos un nuevo pacto entre escuela y familia que reduzca los implícitos, que explicita los términos de lo que hará cada uno y de lo que harán juntos.

Ese pacto se construye con tres ingredientes: diálogo, confianza y compromiso.

Vale la pena hacer el esfuerzo por un mundo, en el que los jóvenes puedan serlo tranquilos, porque hay unos adultos que han decidido jugar su rol.